

The background of the book cover features a warm, golden sunset or sunrise over a range of dark, silhouetted mountains. The sky is a gradient of yellow and orange. Overlaid on this scene are several geometric shapes: a thick yellow vertical bar on the right side, a dark olive-green horizontal bar at the top, and a dark olive-green vertical bar on the left side, which serves as a backdrop for the title.

JAVIER RUIZ

INSOLACIÓN

INSOLACIÓN

INSOLACIÓN

JAVIER RUIZ

Insolación

© De los textos y edición:

2016, Javier Ruiz

javruizfernandez@gmail.com

www.doblandotentaculos.com

Primera edición: noviembre de 2016.

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales

Imagen de portada: ©KDP.AMAZON.COM

Queda permitida la reproducción de estos textos para el debate y la difusión no comercial, citando al autor y la procedencia original de los mismos.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Para mi sol de muchos rostros.

*¿Existe algo más despreciable que no escribir para
uno mismo?*

Índice

<i>Cosa Nostra</i>	9
Dobles parejas	27
Eje 16.....	44
<i>Full</i> de reyes	59
Divina Comedia.....	85
Cotidianeidad.....	104
Caminante, son tus huellas	120

Cosa Nostra

Sol del amanecer

Dos hombres en un coche; y un cadáver. Un cadáver en el maletero. En el cielo, el sol resplandece y calienta el asfalto que consigue tocar. Parte del pavimento se mantiene protegido bajo un clásico Eldorado Brougham del cincuenta y siete y otros cientos de coches que conforman el atasco. Debido a un accidente, la circulación del paseo marítimo avanza lentamente, lo suficiente para que Christopher y su compañero se detengan a ver cómo la estrella asciende desde el este mientras el Cadillac ruge con desasosiego cada vez que el conductor levanta el pie del embrague.

En el exterior, los servicios de emergencia tratan de cortar la hemorragia a uno de los dos chicos que cruzaban la calle cuando el camión de mercancías perdió el control. La policía intenta mantener a los curiosos lejos de la escena y la otra

víctima observa el cielo, con las cuencas vacías, ajeno a todo; nadie se ha molestado en esconder sus sesos, desparramados bajo una toalla playera, y el camionero mira a los jóvenes, catatónico.

—Menudo problema... —murmura Christopher.

—Todo esto va a retrasarnos durante horas, lo sabes, ¿no?

El mafioso arruga el morro y mira hacia atrás, hacia el maletero, donde un cuerpo más espera un entierro digno hacia el que no se dirige. Por suerte, no va a ser testigo de cómo lo descuartizan en el matadero y lo reparten en bolsas a través de siete estados. Pero eso es lo que va a suceder, al menos, si puede escapar de ese maldito atasco...

Nick acerca un cigarrillo hacia su compañero y este lo prende, distraído. Ahora, los servicios de emergencia han notificado la muerte

de ambos críos y se disponen a dejar libre la calzada para que el tráfico pueda reanudarse.

—Será cosa de un minuto o dos —dice Christopher.

—Seguro —confirma su acompañante.

Algo ocurre. Minutos más tarde uno de los policías informa por un megáfono de que el tráfico en la avenida permanecerá anquilosado hasta que el servicio pericial termine el informe: los semáforos están dando algún tipo de error; quizá esta sea la trágica causa del siniestro.

—Joder —maldice Christopher.

—¿Qué prisa tenemos? Este hace menos de una hora que murió y nadie va a echarle de menos.

—¿Tú qué sabrás? —pregunta el conductor.

—Confía en mí, tío.

Unos metros más adelante, una pareja de policías discute. Por lo que se oye, el forense sigue

ocupado en otro incidente que ha sucedido esa misma mañana en el centro de la ciudad y se retrasará, por lo menos, una hora más.

—¿Sabes? Es probable que estos críos hayan tenido *muchísima* suerte, Chris.

—¿Estás colocado o qué te pasa? Sus sesos están esparcidos por todo el paseo marítimo.

Nick no dice nada. Se limita a *mantener* los ojos en blanco.

—No, en serio —insiste Christopher—. ¿Qué coño quieres decir? ¿Qué *puta* morbosidad es esa?

—Piénsalo. ¿Qué edad debían tener? ¿Dieciséis? ¿Dieciocho? ¿Veinte años? Con algo de suerte, y como está el mundo, no habrán hecho nada demasiado jodido. Probablemente, ahora mismo estén en el Cielo, ¿sabes? ¿Crees acaso que nosotros vamos a pisar ese sitio? Con suerte, estaremos miles de años en el Purgatorio entre pecados veniales y mortales.

—Los pecados mortales te prohíben la entrada al Cielo, imbécil.

—Bueno, eso no es del todo cierto.

—¿Cómo? ¡Un pecado mortal prohíbe la entrada al Cielo! —exclama Christopher, nervioso.

—Sí. ¿Pero qué es un pecado mortal? De críos, el cura nos dijo que un pecado es mortal cuando cumple tres condiciones: que sea *gravemente malo*, que al hacerlo la persona *sepa* que es grave y que *quiera* hacerlo.

—No me jodas.

—¿Cuántos asesinatos has cometido, Chris?

—Nueve.

—¿Estás contando el...

—Diez —se corrige Cristopher.

—Yo había matado a treinta y uno, y sabes que no habría quedado ahí la cosa. Estoy

convencido de que no voy a ir al Infierno, tío. Somos soldados, y los soldados tienen una misión, ¿o no? No es algo que estemos disfrutando, ni que hagamos por afición. Nunca lo ha sido. Además, seguro que cuando llegues, tenemos un montón de compañía...

Cristopher coge el paquete de Marlboro de la guantera y prende otro cigarrillo. Nick tiene razón: matar no es algo que haya hecho nunca por placer. Excepto durante la muerte de Aldo, el Gordo, aquel cabrón napolitano...tenía huevos. Pero aquella vez, todos sabían que el viejo Aldo era su peor enemigo. Incluso Jesucristo, en su infinita bondad, se hubiese tenido que contener para no atizarle una patada en los cojones.

El atasco se descongestiona un poco. Los primeros coches que habían sido retenidos se ponen en marcha. Cientos de motores aúllan a escasas revoluciones, pero la circulación vuelve a detenerse poco después. Hay decenas de policías en rededor, pero ninguno se toma la molestia de coger un

megáfono e informar. Los primeros cláxones empiezan a sonar hasta que media avenida está aporreando el volante, los nervios se exaltan unos contra otros, como piezas de dominó.

Chistopher, por un segundo, se plantea quitarle el seguro a la Glock y vaciar el cargador en la cabeza del gordo de mediana edad que conduce el todoterreno de su derecha. Después prescinde de los cientos de conductores que gritan a pocos centímetros de su cara y se centra en la conversación.

—Entonces, estos chavales han tenido suerte porque no han tenido tiempo de pecar, ¿no?
—pregunta a su compañero.

—Exacto. ¿Cuánto más hemos vivido nosotros en este mundo?

—Joder, tío. Eres un cretino.

—¿Cuánto?

—Quince o veinte años más, supongo.

—Y hemos matado, robado y dañado a cientos, sino miles de personas, ¿o no? Ellos entran directamente, mientras que tú vas a agradecer que no se te pudra el espíritu del tiempo que vas a pasar purgando tus pecados.

—Espera, espera. Hay un montón de gente pecando por ahí. Y, según tu punto de vista, ¿Dios y los suyos van a juntar en la misma cárcel a una madre suicida adicta al *crack* con un violador de niños?

—Creo que los suicidas van a un Infierno eterno, y jamás pueden acceder al Cielo.

—¡Venga ya! ¿Cómo puede ser? ¿Dios perdona a los violadores de niños y no a una madre que se suicida porque tiene problemas con la coca?

—Eh, los negros son muy religiosos, deberían aprender los preceptos del cristianismo antes de empezar a fumar piedras.

—Joder, tío. Eso es *jodidamente* racista. ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? Los negros no son los únicos que toman *crack*.

Christopher apaga un cigarrillo y, súbitamente, enciende otro ayudándose de un Zippo cromado con la frase *WE DON'T*. Se descubre sudando, fruto de la acalorada discusión que, hoy, en vez de resultarle graciosa, le está poniendo histérico.

Una agente de policía se acerca al coche y termina de perfilarse con calma la línea de carmín de los labios. Por un instante, parece dejar que su mirada se pierda a través del vehículo: en los asientos traseros hay varias toallas de playa, unas carpetas con documentación de la carnicería y un neceser. A continuación, mira divertida a Christopher y le dice:

—A nadie le gusta quedarse en un atasco sin nada que hacer, pero tranquilícese, lleva una hora gritando y no ha avanzado un paso, ¿verdad?

Pruebe a cerrar el pico un rato y aproveche para relajarse y no hacer *nada*. Pruébelo, en serio. —La policía se da media vuelta y el conductor, apoyado en la puerta del copiloto, mira cómo la joven se aleja hacia un par de agentes que mojan varios *cannoli* en un gran vaso de café de Starbucks.

—Put a globalización —comenta Nick.

El sol de la mañana pega con fuerza, y Christopher lanza la chaqueta hacia los asientos traseros y coge una toalla de playa para colocársela encima de la cabeza. Durante un buen rato sigue el consejo de la agente de policía. Poco después, los gritos de un hombre de mediana edad le informan de una escena a sus espaldas.

La policía ha terminado por detener a un viejo que no dejaba de golpear el claxon de su coche. Llevaba tanto rato haciéndolo que, probablemente, la mayoría había terminado por interiorizar el sonido. La mayoría, excepto un oficial de unos cuarenta años que se ha manchado

la camisa entre bocinazo y bocinazo. Ahora, el viejo gimotea esposado a un lado de la calzada mientras el policía le grita y le atiza empujones hasta hacer que choque contra el coche patrulla. Los compañeros mantienen al resto de curiosos lejos de la escena.

—Somos soldados, Christopher. Y siempre estamos en guerra —dice Nick.

—¿Y si Dios no existe? —pregunta al aire.

Sol de mediodía

Días antes de entrar a formar parte, Christopher mató a un chivato que era familia política del *consigliere*. Aquella noche, Thomas había dejado a su mujer y a su hijo recién nacido en el Hospital del Centro y había conducido veinte minutos hasta un motel cercano a los límites de la ciudad.

La familia creía que, allí, se iba a reunir con Allison, una rubia con unas tetas enormes que se

rumoreaba que frecuentaba a los negros y a los chicanos por igual, y que, oficialmente, no tenía ninguna relación con un padre de familia que, públicamente, trabajaba en el sindicato de camioneros. Sin embargo, Thomas y Allison habían tenido varios encuentros demasiado casuales durante las últimas semanas, y ninguna de las dos partes se había contentado con follarse mutuamente y largarse a sus respectivas casas de mierda.

Al contrario, Allison sabía que los chicanos de la zona norte habían mantenido un interés tradicional por los negocios del transporte, y que los negros habían estado tensando y dificultando las relaciones con otros negocios como el tráfico de armas y drogas en los que solían chocar en la calle. La pareja, por lo tanto, había intentado apuntarse un tanto, cediendo información hacia los Reyes, la principal banda latina de la época, de origen colombiano, que habían estructurado un ataque rápido para obligar a las familias a negociar, e incluso paralizar uno de los pocos activos legales

con los que se mantenía el flujo de dinero durante los malos tiempos.

El sol del mediodía se reflejó en las gafas de Christopher, quien estaba devorando un bocadillo mientras su compañero dormía profundamente. Era la sexta hora de aquel atasco, y los vehículos seguían con el chasis ardiendo.

—¿Cuánto hace de todo aquello? —interroga Nick a su compañero.

—Casi ocho años.

Entonces, las cosas todavía eran diferentes. Cuando empezó la reunión, un chaval joven, de no más de veinte años se colocó en la puerta con una antigua AK-47. La correa del Kaláshnikov reposaba tranquila sobre el abultado abdomen del vigía y ya no se despegó de él por sus propios medios.

Había bastado una llamada desde una cabina cercana a la Estación Central —donde Tom

recogió a Allison— para que siete coches con soldados de la familia le alcanzasen a la altura de la interestatal. Fue en la salida 10, no muy lejos de donde estaban ahora hirviéndose al sol; los coches habían reducido la velocidad y se habían ido distanciando de la pareja para no levantar sospechas, y, entonces, todos habían quedado aparcados a poco más de doscientos metros de la antigua casa donde veraneaban los Baroffio, cuyo último miembro había destruido casi cien años de fiel servicio hacia la familia Gambeno.

Christopher acariciaba su semiautomática mientras intentaba recordar si el primer tiro le alcanzó la cara o el cuello. Recordaba cómo habían roto varias ventanas y obligado a los presentes a abandonar el salón con algunos botes de gas mostaza recuperados de la Operación Zorro del Desierto durante la Segunda Guerra del Golfo.

La mayoría había salido corriendo hacia el exterior, y, por consiguiente, habían sido ejecutados por una decena de tiradores que se

protegían con escudos de policarbonato. Cuando entraron al interior, alguien había disparado contra el chivato y la peor parte de la historia se la llevó Allison DiGenovese, quien fue torturada durante días hasta que los viejos se aseguraron de que nadie más estaba implicado.

—Fue ejecutada en Salt Lake City, ¿verdad? —pregunta Nick.

—De Granview Peak al cielo de Utah —contesta Christopher.

—Entre nosotros, al final, todo se resume en cuántas ejecuciones puedes presenciar hasta el final, supongo —dice Nick, apesadumbrado.

—¿Crees que la religión es una excusa? Quiero decir, todo el mundo está haciendo algo que no debe, ¿no? El que no come cerdo se está follando a la mujer de su vecino, y el otro está rebanando el cuello a unos críos. Los cerdos de Wall Street, que son el modelo de referencia del ciudadano medio, están robando y engañando a

todo el que pueden, jodiendo la vida a cuantos les rodean sin necesidad de un arma.

—Es una forma de ver las cosas.

—¿Y quién te dice que hace dos mil años un *pirado* que se creía el hijo de dios no soltó toda su mierda frente a otros pirados?

—La gente cree lo que quiere creer, eso es cierto. Aunque ese truco del agua en vino, o lo de resucitar a los muertos, debía estar bastante bien.

Sol del ocaso

Christopher mira hacia atrás. Al maletero. El honor, el silencio, el sentimiento de pertenencia a un grupo. Nadie fuera de ese círculo podrá jamás entenderlo. Mientras unos se pasan la vida entera buscando cómo hacerse ricos, triunfar en los negocios y conseguir follarse a esa tía de grandes tetas y reventarla en una mesa de billar, otros lo hacen. Quizá nadie tiene más miedo a morir que un

mafioso y, a la vez, nadie está tan aliviado de que no exista el paso siguiente a la tumba.

—Probablemente, eso nunca sucedió como nos lo contaron, ¿verdad? —comenta Christopher viendo cómo los coches empiezan a arrancar, uno tras otro.

—Eso no hace que tu decisión haya sido la mejor, Chris —explica Nick.

—Ni la más acertada. ¿Sabes? Quizá es mejor que después de toda esto no haya nada. Seguro que terminaremos jodiéndole de un modo similar: con semáforos, y trabajos basura, y racismo... Y allí, no podríamos matarnos entre nosotros.

—Supongo que sí, pero me niego a estarte agradecido.

Eldorado Brougham arranca en dirección hacia las afueras de la ciudad. Mientras, el sol cae por el horizonte, como cada día. Y no hay nada de

poético en el aire. Solo un cuerpo en el maletero.
La agente de policía da paso a Christopher y este
arranca, arranca hacia las afueras, y ella la guiña un
ojo, le guiña un ojo y se pierde tras de sí.

Dobles parejas

Sol olvidado

Él no sabía lo que quería. Nunca. Quizá por eso se le daba tan mal escribir sobre los pocos amores que tuvo. Cada vez que lo intentaba, que intentaba ocultar lo que sentía bajo alguna historia inventada, fracasaba estrepitosamente y, de igual modo, ocurría en sus relaciones, que eran largas por miedo, convulsas por naturaleza y amargas por decisión propia.

Durante semanas, sino meses, garabateó ideas en una libreta, y las hizo crecer desde ese primer germen del concepto desnudo. Juró para sí que escribiría siete capítulos, y que al menos uno tendría que pulirse y rehacerse en incontables ocasiones. Lo imaginó como un lunes cualquiera; un lunes aburrido, rutinario, incluso un lunes de resaca dependiendo de cómo se hubiese portado el fin de semana; un lunes cuyas asperezas debería lijar, donde habría palabras que seguro sobraban,

ideas inconexas que se habían ahogado entre el huir de su musa y la llegada de la mediocridad, y quién sabe qué más.

Dio título a los siete capítulos como hacen los malos escritores; como esperan los malos lectores que se fían de la primera impresión, de las apariencias, de una cabecera extravagante que se cuelga en su psique; como todos esos seres que arrugan el morro tras la primera hoja, y olvidan aquella emoción que sintieron una vez y que están obligados a buscar página tras página hasta chocar con la contraportada.

De cualquier modo, sería necesario seguir remarcando lo anómalo que le resultaba este contexto: lo malo que era; pues era tan malo, tan malo, tan malo en esas cosas del amor, que años más tarde oiría llorar a su mujer y confundiría ese sonido con el arrullar de las palomas que anidaban en la fachada de la casa.

En este contexto, tituló el segundo capítulo como *Dobles parejas* dispuesto a hablar de cuánto nos engañamos a nosotros mismos, de cómo nadie debería juzgar un libro por su portada y de qué poco debería importar que dos, tres o cuatro personas siguiesen aquel Macguffin romántico de los dictados del corazón.

Al pasar de las semanas, terminó por garabatear *mierda* con grandes letras rojas en todas y cada una de las páginas del borrador y destrozó, sereno, cada una de las hojas que componían esa primera versión del texto: así supo que no solo no era bueno, sino que era terrible, y actuó conforme a su potestad de creador omnisciente que siempre prefiere afrontar el peso del fracaso al de la vergüenza futura.

Sin embargo, víctima de lo que pudo ser y no fue, el escritor comentó a un compañero algunas de las ideas de todas y cada una de esas historias; vacilando entre si esa inquietud que, de algún modo, no había podido quitarse de la cabeza,

atendía al fracaso de una parte de su proyecto o a la incapacidad de encontrar palabras con las que vencer su peculiar bloqueo.

Por descontado, él sabía que había millones de personas que no sabían amar, personas que, quizá, olvidaron cómo o nunca tuvieron oportunidad, eso no importaba; quizá amar no era tan sencillo como lo pintaban las películas de Hollywood, donde al volver a encenderse las luces, nadie veía si Humphrey Bogart terminaría por cagarla o no.

—Explícame el argumento —dijo su acompañante.

El escritor se negó, hasta tres veces, pero fruto de un deseo siempre oculto de que la historia viese la luz, terminó por acceder. Como testigo mudo de la misma, diré que no era gran cosa. Se movía entre temas complejos, como el deseo, las apariencias y el amor, sin comprender, ni por equivocación, la individualidad de cada una de

ellas. No empezaba mal; presentaba a dos parejas que se habían separado para pasar el día junto a unos amigos: ellas con ellas, y ellos con ellos, sin saber que, a espaldas del resto y con la sombra del matrimonio bien próxima, también mantenían sendas relaciones como amantes.

No estaba planteada en clave de humor, y es probable que ahí radicase parte del problema: en especial, cuando la historia se cerraba sobre sí misma volviendo a cambiar de parejas por tercera vez. Tampoco tenía nada de sensual, porque la prosa era excesivamente racional como para funcionar a otros niveles y el deseo era demasiado ficticio para imaginarlo realidad. Parecía otra cosa; algo así como el intento desesperado de explicar una historia dentro de otra historia. Aquello que cualquier texto busca y donde aquí únicamente difería la capacidad de saber cómo engañarse a uno mismo frente a la intención sincera de engañar a todos los demás.

Cuando terminé de beber, perdí el rastro del punto en el que se quebró aquella vieja historia que, palabra a palabra, desaparecía en mi presencia; y seguí bebiendo para empezar algo completamente distinto. Aquello que debían ser esas dobles parejas, esa jugada que puede darte una victoria tanto como obligarte a ir de farol durante toda una mano... Y es que quizá tenía que haber empezado por ahí, porque ¿de quién era la mano?

Sol recordado

Para entender la historia, la historia que debía haber sido aquí narrada desde el principio, hay que recordar que, por mucho que se empeñen Falcones, Marsé o Zafón, Barcelona es mucho más que La Ribera, el Carmelo o el Arc del Teatre.

Lo que define a Barcelona son sus gentes y sus barrios, y no existe un contexto mejor para esta historia que la periferia bajo la Sierra de Collserola,

donde durante aquella primavera se escuchaban sirenas perennes, se rastreaban las huellas de los jabalís durante la madrugada y ese cosmos verde que casi parecía fantasía nos permitía escapar del carácter abruptamente cosmopolita del que la ciudad había decidido beber como de las aguas del Leteo.

Pero para entender verdaderamente la historia hay que recordar que el agua y, concretamente, una fuente son una parte fundamental de todo lo que quiero explicar. Es el punto de inicio, porque está justo en el centro de la historia que aquí empieza, y también es donde concluye, donde se cierra.

No te preocupes, ya lo verás; ahora he cogido el ritmo adecuado, y no voy a detenerme...

Prosigo.

Al barrio se mudó un chico una vez pudo independizarse. Lo hizo a un pequeño piso bajo la

montaña, un segundo que lindaba con el extremo más bonito de Barcelona. Nunca tuvo la necesidad de compartir ese espacio y, por suerte y con algún deshonroso traspiés entre medias, terminó por encontrar la justa medida entre libertad y responsabilidad.

Durante la mudanza, una compañera de la universidad y su novia le ayudaron a mover los trastos. Una de ellas se llamaba Enara, que en vasco significa golondrina, y su chica era Sofía, una catalana que, a causa de su encontrada sexualidad, había perdido la relación con sus padres.

Tras los primeros días de independencia, decidió escribir esta historia, si bien no conocería el final de la misma hasta mucho tiempo después, alimentando desde el inicio dos nombres falsos como parte indisoluble de la misma, recordando que nadie tiene una verdad absoluta, pero que todos somos cobardes alguna vez.

Todo esto ocurrió a mediados del tercer año de la licenciatura, cuando Enara volvió a la facultad y él pudo verla día tras día. Como hábito, rápidamente adquirió el guardarle un sitio a su lado, y a causa de esto a menudo peleaba con los compañeros y compañeras menos afines sin tener muy en cuenta sus opiniones; con los cercanos, en cambio, solo tensaba hasta que las sospechas pudiesen convertirse en certeza, y allí cedía como si no le preocupase no poder estar cerca de ella todo el tiempo posible.

Enara no tenía el atractivo estándar de otras mujeres; era alta y esbelta, y también muy femenina, sus pechos eran grandes y su cabello, de un pajizo claro, se enredaba entre bucles rebeldes que alguna vez alisaba sin paciencia. Pero Enara no era porcelana, sino jade; no era *kinsutgi* de oro y cerámica, sino de plata o de resina; ella era mucho más especial porque el mundo estaba ciego.

En estos casos, la literatura acoge una vía y el mundo real se desvía por otra muy distinta, pero

a veces no hay nada más necesario que una fantasía vivida de principio a fin. Así que, aunque parezca contrario a estas mismas letras, en el transcurso de esta historia todo ocurre de un modo mucho más natural de lo que nadie imaginaría.

Todo siguió igual.

Desde fuera, la vida transcurría del mismo modo en que lo había hecho miles de días atrás. Las horas pasaban y el cambio no era más que un lento vaivén que nadie podría haber advertido. Un día, sin que nadie tuviese constancia, el círculo se amplió y empezó a girar alrededor de una persona más; quizá fue la insistencia o el deseo por que algo ocurriese que, en tal caso, superó al miedo. Pero llegó natural, como una larga caminata que amenaza con terminar de un modo literal y figurado.

Fruto de estos cambios, él empezó a observar. Imposible saber qué había visto Sofía en Enara. Desde el principio, quiso creer que no era

distinto a los sentimientos que empezaban a despertar en él tras más de tres años adormecidos por obligación; pero no podían ser los mismos. Sofía cortaba sus alas, se arremolinaba inquieta entre la obligación y el deseo, entre la amenaza y los celos continuos. Enara debía vivir por y para ella, y al cabo de un tiempo, todos entendimos que el deseo no es suficiente para mantener a dos personas unidas.

Esto hizo que Sofía se recluyera en una torre de vidrio junto a su amada. Lejos del mundo que creía que las amenazaba. Curiosamente, él nunca se sintió juzgado de ese modo, si bien, en retrospectiva, terminó por convertirse en un blanco fundamental de su ira.

Durante la primavera, todo siguió igual para ellas dos, pero de algún modo, él, como actor invitado al que no se le negó el paso por aquellas puertas, llegó a creer un par de veces que se encontraba en el centro de la escena, sin saber muy bien si su intuición era acertada o no.

Ahora, quizá empiezas a imaginar hacia dónde va el siguiente párrafo. Quizá mucha gente —muchos hombres también— piensen que ese chico buscaba algo con lo que sueña una gran mayoría, pero ese hubiese sido un triste consuelo. Estaba allí, y no era extraño que sus pasos por el barrio se encaminasen hacia el edificio de donde ellas salían para trabajar, pero, mientras pudo contener el deseo, siempre intentó mantener una distancia prudente.

Cuando fue consciente de sus sentimientos, no se apartó. ¿Cómo podía? Lo que hizo fue intentar llamar la atención de otras chicas desprovistas del espíritu que ya le había enamorado; buscaba el modo de ser mejor persona, de ser más listo, más gracioso, mejor; como si aquello cambiase por influjo divino la sexualidad de una persona. ¿Intentaba acaso darle celos con su comportamiento o más bien comprobar que debía dirigir sus pasos en otra dirección?

De cualquier modo, no pasó nada de lo que narran las películas y los libros. Claro que no. Siguió saliendo con ellas, moviéndose por el barrio, proponiendo planes y acogiendo otros con ilusión; siguió viviendo en paralelo. Sintiendo que había una vida por vivir y otra que soñar, como un horrible film de Woody Allen con una Annie Hall lesbica que se le escapaba por todo el sur de la isla de Manhattan.

Una noche, Sofía fue al baño, y él y Enara se besaron. Él no la besó. Ella tampoco. Simplemente sucedió. Algo explotó. Sentados en el sofá supieron que no podían detenerse, pero lo hicieron tan rápido como todo aquello había empezado. Quizá ese beso duró un minuto entero, o solo unos pocos segundos, pero después de aquello, se marchó.

Los días siguientes —las noches, en realidad— las pasó tumbado en una esquina de la fuente que contextualizaba esta historia. A veces, bajaban jabalís de las montañas cercanas y él se

preguntaba si esos animales comprendían qué hacía allí mirando una fuente de periferia pasada la medianoche. Días después, se descubrió llorando y mezclando la sangre que brotaba de sus nudillos contra los límites del estanque; quedó plantado, mirando el cielo y se encontró con un sueño inesperado en plena calle y un despertar fulgurante con el sol del alba. Tiritando de frío volvió hacia su piso, a sabiendas de que ningún río puede cambiar el curso de sus aguas.

En las historias, un gesto lleva a otro gesto, pero en la vida real, no siempre es así. A los tres días, tuvo la certeza de que un beso puede ser solo un beso; no obstante, un beso también puede cambiar la dirección de nuestro mundo. Lejos de romanticismos, un beso puede llevarnos hacia un futuro distinto, y también al mayor de los fracasos; un error que estaremos condenados a recordar por siempre, un gesto que pudo cambiarlo todo, una vida entera de anhelo. Con estas ideas en mente,

volvió a ver a Enara. Fue un viernes en su casa, y también estaba Sofía.

Nada había cambiado. Todo había cambiado. Para él, aquella noche se movía entre demasiadas hipótesis y conjeturas, y la propuesta de un paseo al que Sofía se negó a unirse, le dio fuerzas para hacer la mayor estupidez de su vida. Sentados en la fuente, no pudo evitar querer besarla. Y quizá lo hizo. Quizá ocurrió exactamente lo mismo que aquella primera vez, o quizá toda la culpa recaía ahora en él. No le importaba.

Le dijo que no quería perderla como amiga.

Le dijo que la quería.

Le dijo que no podía hacer nada para evitarlo.

Le dijo muchas más cosas.

Ella escuchó.

También quiso proteger. Reparar. Buscar una salida honrosa para todas las partes. Pero lo cierto es que aquella fuente ya había ofrecido toda la suerte de la que alguna vez fue capaz, y no atendió a más súplicas. Por eso terminó por secarse. Por eso los peces murieron y los jabalíes volvieron a la montaña, o fueron tiroteados bajo la insensible mirada de un cazador. Todo exige un sacrificio, y en los meses siguientes fueron muchos los que se sucedieron.

Después de escuchar, Enara habló. Habló mucho. También con Sofía, quien no quiso escuchar. Pero sobre todo habló con el protagonista de esta historia. De todo lo que hablaron, sin embargo, solo hay dos cosas importantes a recordar: la primera fue una de esas promesas tan pretenciosas de que, pasara lo que pasara, seguirían siendo amigos; la segunda no se pronunció con palabras.

Al final, olvidaron la fuente. El barrio se convirtió en un lugar en el que rememorar aquellos

días de incertidumbre por ambas partes; cuando se mudaron, se casaron y fueron tan felices como supieron, los peces, el agua, los juncos fueron un recuerdo más que mantener recogido en sus corazones. Allí, el agua de la fuente todavía se oía caer con fuerza, mientras el valor de una simple metáfora se avergonzaba profundamente de que dos simples mortales le hubieran hecho creer, aun por un instante, en la existencia del destino.

Todo eso ocurrió en la periferia de Barcelona y, sabiéndolo, ¿quién no elegiría el verde sobre el gris?